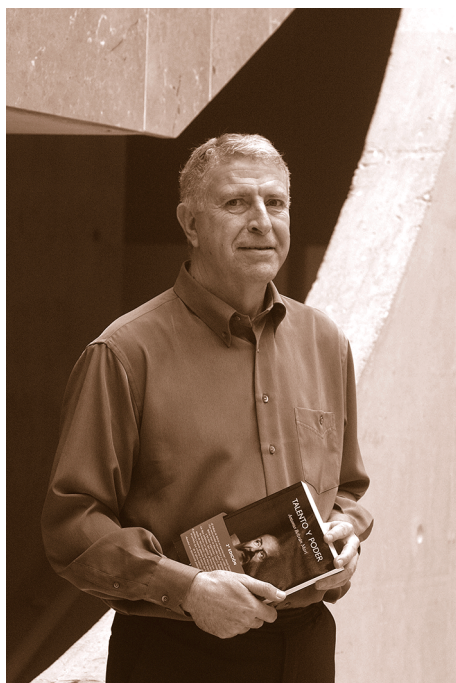




Antonio Beltrán Marí
In memoriam (1948-2013)

José Romo (coord.)

Índice

<i>Presentación del acto</i> , por Ramon Jansana	11
<i>Recuerdo de Toni</i> , por José Romo	13
<i>Recuerdo de Antonio Beltrán</i> , por Miguel Ángel Granada.....	19
<i>Homenaje a Antonio</i> , por Manuel Cruz	31
<i>Il Galileo di Antonio Beltrán Marí</i> , por Maurizio Torrini	39

Presentación del acto

RAMON JANSANA
Universitat de Barcelona

Estoy aquí en nombre del decano de la Facultad, Dr. Bilbeny, quien me ruega disculpe su ausencia. El acto de homenaje al Dr. Antonio Beltrán estaba previsto desde hace tiempo para ayer día 27 de marzo. Debido a la huelga convocada para este día y previendo dificultades para acceder al edificio, los organizadores decidieron, con muy buen criterio, trasladar el acto de homenaje al día de hoy. Desgraciadamente, el Dr. Bilbeny tenía ya un compromiso ineludible y me pidió que lo sustituyera, lo que hago con mucho gusto y mucho más todavía en este acto.

La Facultad de Filosofía, y su equipo decanal en particular, se une a este homenaje a la memoria del profesor Antonio Beltrán en el primer aniversario de su muerte. En nombre de la Facultad agradezco a los organizadores y a los dos departamentos que han participado en su organización, el Departamento de Historia de la Filosofía, Estética y Filosofía de la Cultura, y el de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia, haberlo hecho posible.

Yo tuve el placer de convivir con Antonio Beltrán en el Departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia desde su inicio, cuando se constituyeron los actuales departamentos de la Universidad de Barcelona, departamento del que en los últimos años fue secretario mientras yo era director. Muchos días recuerdo cuando entraba en mi despacho para hablar un rato y creo que este recuerdo me acompañará siempre.

Aparte de buen amigo mío y compañero, y de ser un excelente investigador, quiero destacar que Toni era un gran profesor, uno de los mejores que han pasado por la Facultad seguramente, y esto que digo no es retórica. Como director que fui del departamento, sé que año tras año tenía unas de las mejores puntuaciones del departamento en las encuestas de los estudiantes, siempre muy por encima de la media del departamento y de la Facultad. También puedo dar fe de la seriedad y meticulosidad con que se preparaba cada clase que daba. Una o dos horas antes de la clase era bastante inútil ir a verlo a su despacho. Estaba completamente concentrado en repasar y repensar lo que quería explicar. De su obra y biografía científica hablarán los profesores que intervendrán a continuación, a los que en nombre de la Facultad agradezco mucho su participación en este acto de homenaje a la memoria del profesor Antonio Beltrán.

Recuerdo de Toni

JOSÉ ROMO
Universitat de Barcelona

Conocí a Toni en septiembre de 1977. En aquellos tiempos, el primer año de la licenciatura en Filosofía era común para Psicología, Pedagogía y Filosofía y, por consiguiente, había una serie de asignaturas introductorias entre las que se encontraba la Historia de la Filosofía. Él iba a encargarse del grupo al que yo estaba asignado, y cuando nos conocimos me contó lo que pensaba hacer. Después hubo un cambio de última hora, cuya razón no recuerdo, y me cambiaron de grupo.

Volvimos a encontrarnos unos años después, en concreto en el curso 1980-1981, cuando me matriculé en la asignatura optativa de segundo ciclo que él ofrecía. No fue casualidad, porque desde el principio de la carrera me interesaban la Historia de la Ciencia y la Filosofía de la Ciencia y su curso estaba precisamente dedicado a la Revolución científica del siglo xvii. No sé qué opinaban los demás, pero para mí el curso fue una revelación: creo que fue en buena parte responsable de que decidiera concentrar mi atención en la Historia de la Ciencia. Lo primero que llamaba la atención era su actitud como profesor: su entusiasmo y su convicción. Todos hemos tenido profesores que transmitían la sensación de que explicaban una cosa como podían haber explicado otra. Toni, no. Estaba enamorado de su disciplina y era capaz de transmitir su pasión.

Y no se trata de un impulso juvenil que, inevitablemente, se perderá con los años. Nos hemos tratado durante treinta años y puedo dar fe de que su actitud como docente no cambió un ápice. Siempre

he pensado que, simplemente, era incapaz de actuar de otra forma. El primer año que entró el Grado, en el que la Historia de la Ciencia es una asignatura de primer ciclo, que fue el último en que pudo ejercer normalmente su actividad docente, aún venía a veces a verme al salir de clase y me decía: «Los tenía atrapados, no se movía una mosca». El que no le conociera podía pensar que acababa de dar su primera clase. Naturalmente, no todo eran alegrías, también le afectaba cuando consideraba que la cosa no había ido bien. Y desde luego, jamás tuvo paciencia con los que llamaba los «adoradores de lo oscuro», esto es los que se complacen con jerigonzas que disfrazan la nada.

En puntos más complicados, que quizá algunos habríamos rehuido, pero que él creía necesarios o, simplemente, pensaba que merecían la pena, entraba en clase proclamando: «¡Tranquilos! Esto no lo voy a poner en el examen, no lo voy a preguntar nunca, así que vamos a ver si aprendemos algo».

Creo que jamás improvisó una clase. A mí me fascinaba que pareciera incapaz de dejar tranquilos sus apuntes. Una y otra vez volvía sobre ellos, tocando aquí y allá, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras. Cambiando la forma de explicar esto y aquello.

Siempre estaba buscando, entre lo nuevo y entre lo menos nuevo. Recuerdo vivamente que una de las últimas veces que hablamos, cuando ya se encontraba bastante mal, y le costaba moverse, todavía me llevó a su estudio para enseñarme unos libros que, me explicó, podrían ser útiles para la asignatura de primer ciclo. Naturalmente, los libros estaban convenientemente marcados con su sistema habitual: grandes asteriscos en el margen, comentarios incluidos.

Era bastante difícil no quererle. Entre otras muchas cosas, tengo grabada su preocupación con las clases. Cuando le diagnosticaron la enfermedad, a principios del curso 2011-2012, pensó que quizá podría reincorporarse para dar sus clases del segundo cuatrimestre, pero la primera oleada de tratamiento le dejó suficientemente malparado: no iba a poder ser. Entonces empezó a preocuparse: ¿aprobaría la universidad un sustituto? Era inútil que yo le repitiera una y otra vez que el problema no era suyo, que parecía como si tuviera la culpa de estar enfermo, en fin todo lo que se me ocurría, sin mucho éxito a la

hora de tranquilizarle. La universidad aprobó el sustituto y entonces Toni me pasó todo el material que usaba en sus clases: apuntes, Power-Points, etc., para que yo a mi vez se lo pasara al sustituto. Recuerdo que, asombrado, solo atiné a decirle: «¡Pero, hombre, Toni!». Se limitó a decirme: «Úsalo como te parezca mejor». Es verdad que no era la primera vez que me pasaba cosas, pero nosotros hacía mucho tiempo que trabajábamos juntos, la situación ahora era bastante distinta, ponía todo su material a nuestra disposición, simplemente para ayudarnos.

Su actividad docente era importante para él, pero no lo era menos su trabajo investigador. No veía que hubiera ninguna incompatibilidad entre las dos. Su foco de atención fue siempre la Revolución científica del siglo xvii en general, y la obra de Galileo en particular, aunque no solo, como lo prueba su edición de *Las épocas de la naturaleza* de Buffon. Nos ha dejado dos trabajos imprescindibles: su edición del *Diálogo* de Galileo y la monumental *Talento y poder*. De la primera quiero subrayar el hecho de que se publicó en Italia porque interesó allí la introducción, de más de cien páginas, y el aparato crítico. No es extraño, la introducción hace honor a su nombre, naturalmente, pero es también un ensayo que con enorme penetración reconstruye a un Galileo contradictorio, o mejor, a caballo entre dos maneras de ver distintas. Con enorme penetración volvía sobre textos bien conocidos por los especialistas, pero Toni enseñaba a leerlos de una manera nueva.

Talento y poder. Historia de las relaciones entre Galileo y la Iglesia Católica es, ya lo he dicho, una obra monumental. El problema de Galileo y la Iglesia se estudia con una minuciosidad que tiene pocos precedentes. Ahora bien, he leído el título completo de la obra porque me importa mucho subrayar algo que puede parecer obvio, pero que quizá no lo sea tanto, *Talento y poder* es la obra de un historiador: no es un manifiesto contra nada, no es un panfleto, es una reconstrucción de un episodio histórico. Eso sí, afirma, y argumenta detalladamente, que lo que había en el fondo no era un desacuerdo teórico, sino la reacción de un poder amenazado que decidió ejercer como tal poder. Pero, insisto, esta es la tesis de un historiador, no la de un propagandista.

Ahora bien, como conocía perfectamente por dónde iban los tiros en la posición dominante de los especialistas, Toni sabía que remaba contra corriente, pero le importaba muy poco.

Toni era ante todo y sobre todo un historiador de la ciencia, pero con una perspectiva muy amplia que nunca rehuía la reflexión filosófica e historiográfica. Buena prueba de lo segundo es el análisis de la Revolución científica como problema historiográfico que abordó de lleno en *Revolución científica. Renacimiento e historia de la ciencia* (1995), pero también «Wine, Water, and Epistemological Sobriety. A Note on the Koyré-MacLachlan Debate» (*Isis*, 1998). En cuanto a lo primero supo ver perfectamente la importancia de la reflexión teórica de los entonces llamados «nuevos filósofos de la ciencia», esto es N.R. Hanson, Thomas S. Kuhn, P. Feyerabend, integrando muy bien en sus investigaciones elementos teóricos fundamentales de esta perspectiva como, por ejemplo, el de la carga teórica de los hechos. Una buena muestra de su penetración a la hora de asimilar la importancia del modelo de Kuhn, pero también de sus limitaciones, está en «T.S. Kuhn. De la historia de la ciencia a la filosofía de la ciencia» (1989) y «T.S. Kuhn. De historia, de filosofía y de pájaros» (1998).

Ahora que estamos en la época postkuhniana nos parece obvia la importancia de la iniciativa de los nuevos filósofos, pero conviene recordar que Toni se interesó por ellos y los leyó con atención hace cuarenta años —su tesis de licenciatura es un análisis de *La estructura de las revoluciones científicas*—. Y el hecho no es trivial, subraya el mérito de una generación de historiadores de la ciencia que no tuvo maestros. Yo tuve la suerte de poder matricularme en las asignaturas de Historia de la Ciencia que él impartía, pero su generación tuvo que recorrer buena parte del camino a solas.

No creo que tuviera el reconocimiento que merecía. Recuerdo que, con *Talento y poder* ya publicado, y habiendo sido reseñado en *Isis*, pidió que se le reconociera un sexenio de investigación. Se lo negaron. No le sorprendió demasiado, porque siempre tuvo un escepticismo considerable respecto de las instituciones. Creo que los que le queríamos nos enfadamos más que él. Yo le decía: «Bueno, Toni, piensa que a lo mejor el más ilustrado de la comisión cree que

Isis refiere a la diosa egipcia». Otras veces le comentaba que en la circunstancia venía a cuento recordar una de sus reglas favoritas, que tantas veces le oí: «Existe la docta ignorancia, sin duda, pero también existe la simple estupidez, conviene no confundirlas». Afortunadamente, por una vez la cosa terminó bien, recurrió y terminaron concediéndole el sexenio.

He dicho que no tuvo el reconocimiento que se merecía, pero me refería al reconocimiento institucional. Porque sí tuvo el que realmente le importaba. Había enviado un ejemplar de su edición del *Diálogo* a Garin. Para los que no estén familiarizados con el campo, Eugenio Garin fue uno de los grandes maestros italianos de la historia de la filosofía. Recuerdo muy bien su emoción al enseñarme, tímidamente, porque le horrorizaba darse importancia, lo que Garin le escribía: «He leído con provecho la rica e informadísima introducción. Ahora, poco a poco, estoy leyendo su precioso comentario [i.e., el aparato crítico]». También mandó un ejemplar de *Talento y poder* a Maurice Clavelin. Este contestó con una larga carta que comentaba puntos diversos, pero que desde el principio mostraba su acuerdo con la tesis fundamental del libro: en todo el *affaire* brillaban por su ausencia las consideraciones teóricas.

El libro fue reseñado en *Isis*, y el autor de la reseña, Maurice Finocchiaro, escribía:

Talento y poder está lleno de hechos nuevos, interpretaciones históricas penetrantes y reflexiones filosóficas profundas.

Y terminaba afirmando:

Este es un libro importante, que merece la atención de todos los especialistas, y de los que no lo son pero están interesados en Galileo o en la interacción entre ciencia y religión.

La investigación era muy importante para él. La enfermedad le sorprendió cuando tenía avanzado lo que sería, lamentablemente, su último proyecto: una edición de *Il Saggiatore* junto con documentos relevantes de la polémica, en la que ha colaborado su compañera,

Esther Artigas. Recuerdo muy bien su inmensa amargura cuando el tratamiento que le imponía la enfermedad le afectaba de tal manera que le impedía cualquier trabajo intelectual. Pero incluso entonces era capaz de bromear. En esas épocas duras me decía, por ejemplo: «Hoy he hecho un trabajo intelectual de enjundia: he estado haciendo un catálogo de mis discos de ópera». Puedo afirmar que a lo largo de todo el proceso fueron estos los únicos momentos en que le noté desalentado. Pero su tenacidad se impuso, y la obra está lo suficientemente avanzada para que sea posible la publicación. El problema lo tendremos nosotros cuando la leamos, porque se trata de su testamento intelectual.

Termino ya. La enfermedad le alcanzó en plena madurez investigadora y docente. Seguimos lamentando su ausencia, pero quizá, si somos afortunados, llegará un día en que le recordemos con una sonrisa, porque nos dominará el sentimiento de que hemos tenido la inmensa fortuna de conocerle y quererle.